

## II

INFORME ACERCA DEL LIBRO QUE CON EL TÍTULO DE  
*LOS VASCONGADOS* PUBLICÓ EN MADRID EL AÑO DE 1873  
 EL ILMO. SR. D. MIGUEL RODRÍGUEZ FERRER

Nombrado para informar á la Academia acerca del libro que con el título de *Los Vascongados* dió á luz no ha mucho tiempo el Ilmo. Sr. D. Miguel Rodríguez Ferrer, ha visto con la mayor complacencia el que suscribe cómo esta ilustrada Corporación le abreviaba y le hacía hasta fácil su tarea, recompensando al autor de ese interesante escrito con el nombramiento de Correspondiente en una de las provincias vascas que ha hecho objeto predilecto de sus estudios.

Aunque de 86 páginas sólo, el libro del Sr. Rodríguez Ferrer abraza muchas y distintas materias, dentro todas, por supuesto, de la jurisdicción de la Historia, como que, al destinarlo á dar idea, siquier ligera, del país vascongado, de su lengua y de la pasión que hacia las singularidades de ésta ha manifestado el príncipe Luis Luciano Bonaparte, se extiende después en una serie de notas é ilustraciones que ocupan otras 232 páginas, á comprobar sus anteriores asertos sobre las antigüedades, nombres, literatura, artes, organización social y fueros de aquel pueblo tan celebrado por unos, y tan desabrido, en sentir de otros, y hasta aborrecible.

Bajo el doble concepto, pues, de la generalidad de conocimientos que exige el examen del libro, y el de las encontradas opiniones que, en estos tiempos sobre todo, ha de provocar su lectura, quería yo haber declinado la honra que nuestro digno Director me dispensaba, y, recusándome á mí mismo, rogarle apartara su elección de mi humilde persona.

Porque, con efecto, para nadie puede ser más difícil, para nadie más enojoso que para mí el entrar en cierto género de apreciaciones sobre la constitución y manera de ser de un pueblo, donde, teniendo que reconocerse la fuente ó raíz de nuestra nacionalidad y el tabernáculo en que se conservan las cualidades sobresalientes que distinguían á nuestros más remotos antepasados,

hay también quien vea una de las causas que debilitan toda acción constitutiva en la España de los tiempos presentes.

Pero ya que no pueda eximirse de una que, en distinto asunto, sería para mí tan grata como honrosa obligación, voy á entrar en el examen del escrito del Sr. Rodríguez Ferrer, procurando encontrar en la brevedad la disculpa mejor de mi incompetencia en tema tan apartado de mis habituales estudios.

Si uno de los objetos á que se dirige el autor, y así lo dice en el corto proemio de su libro, es «el de señalar en medio del torrente invasor de antisociales ideas, un punto consolador, un pueblo que no absorbido aún por inundación tan triste, rinde culto al verdadero derecho y á las santas afecciones del hogar», no hay duda que lo habrá logrado en concepto de quienes, abstracción hecha de las ideas políticas, no estudien más que las excelencias de carácter en el pueblo vascongado.

*Un pueblo que se va*, señores, según la expresión tristemente elocuente de un escritor anónimo, debe, con efecto, ser mirado por los que lamentan el escepticismo de nuestra actual sociedad, fría y egoísta, como el astro brillante y reparador del día por los que le ven despedirse por semanas y por meses en las altas latitudes boreales. Porque, al irse, vanse, cual cortejo fúnebre, con él el genio de nuestra nación conservado todavía en aquel rincón de las montañas patrias, el celo que no transige con innovaciones que matan el corazón enredándolo en dudas y perplejidades, y el santo amor al hogar paterno que desaparece confundido con ese otro universal, cosmopolita, que hiela todos los sentimientos necesarios para luchar con éxito por la libertad y la independencia de la patria.

¡Lástima grande que al haber levantado la antigua bandera que nuestros bravos antecesores pasearon triunfantes por dos mundos, en vez del soberano que proclaman, no dejaran escuchar otro nombre que, imponiéndose á todas las exageraciones, fuera una esperanza para este infeliz país, desgarrado por la división y las ambiciones de sus hijos.

La misma lucha pertinaz á que tan repetidamente se entrega ese pueblo, ¿qué significa, sino que allí no ha llegado á extinguirse la ira que en otros tiempos producían en España toda los insul-

tos dirigidos á las ideas que con más calor abrigaban en su pecho nuestros padres? ¿Qué significa, sino que allí se conserva sin contaminación todo lo que antes formaba nuestra gloria, lo que nos habían envidiado las demás naciones, más cultas quizás, más adelantadas aunque no en todas sus clases, en los modos de procurar á sus habitantes goces materiales, un bienestar superior, físicamente considerado, pero pobres de espíritu y sujetos á la división engrandadora de la muerte política y social de los pueblos?

Yo necesito excitar en los dignísimos miembros de esta Academia ese recuerdo y los sentimientos que ha de despertar en ellos, porque la impresión que naturalmente produce en las circunstancias actuales el sólo nombre de aquellas provincias, es la de un disgusto profundo, que no pueden desechar los que profesan ciertas ideas políticas, sino acercando á su memoria la de los merecimientos de otros tiempos, y la idea del fruto que aún debe esperarse del espíritu conservador que sus habitantes abrigan.

Y voy al libro, objeto del presente informe.

Principia el Sr. Rodríguez Ferrer su escrito haciendo las preguntas que se dirige todo el que trata de investigar el origen y la procedencia del pueblo vascongado, y, como todos, las deja sin contestación, al menos categórica. Una vez en el terreno de las conjeturas, examina y discute algunas de las distintas versiones que antigua y nuevamente se han dado al público, interroga á los raros monumentos que ofrece su vista el país, y aunque sin fortuna á veces, por la semejanza con que aparecen los de fecha relativamente moderna con los de las más remotas edades por el carácter puede decirse inmutable de los Euskaras, compara pueblos con pueblos, tradiciones con tradiciones y monumentos con monumentos, para, después de todo, continuar en las mismas dudas que no supo resolver al principiar su libro.

No es, en verdad, empresa fácil la de averiguar con probabilidad de acierto los orígenes del pueblo vasco, escondidos en las más densas tinieblas de los del mundo primitivo; y cuanto sobre ellos se ha discurrido, pecando ó no de pasión, hay que tomarlo tan sólo como conjetural, todo lo más como verosímil, nunca probable, ni mucho menos seguro. Los escritores vascongados han sido tildados de mentirosos ó de soñadores; y los que se han empeñado

en desmentirlos ó en quitarles sus ilusiones patrióticas, carecían, el mayor número al menos, del instrumento indispensable para su obra de demolición, del conocimiento del idioma peculiar á aquellas provincias.

Y si no, ¿qué diríais, Señores Académicos, de quien sin comprender la lengua francesa, por ejemplo, acometiese la empresa de pintarnos el carácter, las costumbres, las artes y la literatura del pueblo que mora entre el Rhin y el Pirineo? ¿Por qué tomaríais al hombre que, engolfándose en el dédalo de monumentos que cubren con sus ruinas el suelo helénico, se pusiera sin el dominio del antiguo idioma y de sus modernas variantes á desentrañar la época, el objeto y la significación de cualquiera de ellos ó de todos á la vez, para de su estudio deducir la antigüedad, carácter, civilización ó historia de aquel pueblo, tan mutable como los espectáculos de su espléndida naturaleza? ¿Cuál es, en fin, la primera tarea á que se dedicaron los eminentes anticuarios que acompañaban al general Bonaparte en su expedición á Egipto? Sin un Champollion, ¿cuántos misterios no permanecerían aún sin revelación en los oscuros hipogeos de Tebas ó en sus gigantescos templos y en los de Memphis!

¿Cómo, pues, quien ignore el vascuence, ó, aun hablándolo, desconozca su mecanismo y su sintaxis, puede vanagloriarse de penetrar en los, aunque pocos, redoblados pliegues de las tradiciones euskaras, ni remontarse á los orígenes de las costumbres, los usos y las leyes, tantas veces seculares, de los habitantes de aquellas siempre verdes montañas? Por desconocer esta verdad, trivial y todo, es por lo que puede consentirse que en un libro que sirve de texto en la primera Universidad de España, se lea que el idioma euskara es hijo del provenzal y hermano del portugués.

El Sr. Rodríguez Ferrer no se detiene en demostrar cuál debió ser la clase de ocupación que los romanos ejercían en las Provincias Vascongadas. Con señalar el camino de Astorga á Burdeos por Álava y Navarra, cree bastarle para que se comprenda que no se libraron de la presencia y de la dominación de las legiones imperiales.

Si algunos vascófilos han llevado sus aseveraciones hasta la de negar esa presencia y esa dominación de las águilas romanas en

las comarcas que asientan en la vertiente septentrional de la cordillera pirenaica, no les imitará el autor de este informe. Por el contrario, enemigo de exageraciones, concederá que en Vizcaya como en Guipúzcoa existen señales de que por allí buscaron los romanos comunicaciones desde la Cantabria á las provincias meridionales de la Galia. No se ven monumentos ni fortalezas permanentes que revelen una estancia duradera ni una ocupación militar cual la de las regiones del interior; pero sí memoria de establecimientos industriales y de comercio, restos de vías y de algún campo atrincherado desde el cual pudieran vigilarlas y velar por la seguridad de su tránsito.

La escuadra de Agripa navegó á lo largo de aquellas costas, inhospitalarias hasta entonces según Estrabón, para ayudar á las legiones de Augusto en su empresa de sofocar la sublevación cantábrica. Los romanos entablarían relaciones, porque de guerras nadie habla, con los várdulos, caristios y autrigones, que les dejarían proveerse en la costa de víveres y hacer sus aguadas; y de ahí algunos de los campamentos inmediatos al mar en la orilla del de Vizcaya y, más tarde, la vía costanera que iba cortando los valles pintorescos que se abren á aquel golfo proceloso.

Y aquí, para apoyar más esta opinión mía, me voy á permitir otra, que la explica suficientemente en mi concepto.

El país vasco, según creo, nada tiene que ver con el tan famoso de Cantabria, habitado por una raza que ni aun se parece á la que, próxima en las montañas septentrionales, debe reconocer muy distinto origen y camino, quizás, contrapuesto en su inmigración á España. Celtas los cántabros, debieron llegar con sus hermanos los astures y gallaicos, que sin confundirse con los iberos de la región central y pasando por encima de ellos, si así puede decirse al describir la invasión de aquellas tribus salvajes, solo se detuvieron ante el Océano en los términos septentrionales y occidentales de la Península. Por serles el país desconocido ó, mejor, porque habían cruzado el Pirineo por la parte oriental y dirigiéndose inmediatamente al centro, fueron dejando á su derecha el istmo y las montañas más inmediatas á la Galia, de donde acababan de salir, abandonándola por agotada ó por venir empujados de otras tribus más hambrientas ó más valerosas. Y la

familia ibera, ahogada en el Mediodía y Oriente, y confundida con los invasores en la meseta central, encontró un refugio seguro y tranquilo, por inaccesible ó por pobre, en las montañas que sólo de soslayo habían visto aquéllos en su marcha arrebatada y asoladora.

Entre los antiguos poseedores de la tierra y los recién llegados, si quedaban, sobre todo, vecinos, se mantendría vivo el rencor, constante la discordia, atizada por el despecho en unos, por el orgullo en los otros; y si no tuviéramos otras pruebas de ello, nos la suministraría más que suficiente la antipatía que se han manifestado cántabros y vascos en todas las épocas de nuestra historia. «Verdad es, dice nuestro compañero el Sr. Fernández-Guerra en su precioso libro sobre Santoña, que vascones y cántabros fueron siempre rivales, como de origen, inclinación y lenguas diferentes.»

Y, con efecto, examínense las dos familias física y etnológicamente, y aun cuando no se oyera á sus miembros producirse en idiomas que ni antes ni ahora han tenido punto alguno de semejanza, seguros estamos de que nadie alcanzará á confundirlas. Y como el solar de los cántabros es, además, conocido de antiguo, y están señalados sus límites por autoridades hoy irrecusables, el querer alargarlos hasta el Bidasoa, é ignoro por qué entonces no á las últimas mansiones de los euskaras en los valles del Adour y del Garona, es pretensión, no sólo infundada, sino también humillante para los mismos vascongados que la intentan. Porque, digo yo, ¿qué tiene el vasco que envidiar al cántabro ni á nadie en materia de antigua prosapia, de nobleza histórica ni de reputación moderna como raza viril, generosa y culta? ¿O es que ha de preferirse la aunque valiente siempre, inquebrantable por la desgracia, y en todas ocasiones dispuesta á emprender el camino de su libertad, vencida por fin y conquistada y sujeta, á aquella otra que, sean las que quieran sus condiciones, tuvo arte ó valor para conservar su independencia?

El mismo Sr. Rodríguez Ferrer, dejándose llevar de esa impresión que siempre causa el ruido de un nombre traído y llevado por los antiguos historiadores y geógrafos, aplica á todos los moradores del golfo aquitánico ó de Gascuña las propiedades que el Sr. Guerra atribuye á los cántabros, y, al hacerlo y en todo

su escrito, llega á barajarse con los muchos que se han empeñado en que la Cantabria se extendió por los Pirineos desde los hoy llamados astúricos hasta los ístmicos.

La familia está bien representada en el libro del Sr. Rodríguez Ferrer, y, al describirla, parece volver á las primeras páginas en busca de los orígenes del pueblo vascongado, recordando la semejanza de sus costumbres domésticas con las de los arias de donde pudiera proceder. Y no sólo está acertado en las consideraciones que emite al tratar de la familia, sino que presenta otras muy fundamentales y razonables para demostrar lo infeliz de los resultados que daría en Vizcaya el mayor fraccionamiento del peculio paterno, insuficiente en la mayor parte de los casos para procurar á todos los hijos una manera de vivir desahogada é independiente.

De ahí la desigualdad que se observa ya en su bienestar entre los vascos franceses y los que moran del Bidasoa al Ebro y las montañas de Santander: desigualdad muy desfavorable para aquéllos, y cuya causa no debe buscarse más que en la pérdida de sus fueros, con la que ellos, habitantes de un suelo que sólo hacen feraz el sudor y la industria, han quedado en la misma condición de los labriegos de las más ricas comarcas.

Y con esto pasa el Sr. Rodríguez Ferrer á la descripción geográfica del país vascongado; limitándose, empero, á manifestar su asiento en la cordillera pirenaica, sin dar noticia de los ramales desprendidos, si no es de aquellos más ásperos y elevados, que lo hacen tan variado y pintoresco, pero sin señalar ni aun su dirección, ni la de los valles tampoco que forman, salpicados de pequeños pueblos en su fondo y de aldehuelas y caseríos en las faldas coronadas de bosques ó de rocas. Más le entretienen la parte geológica y la que se relaciona con la vegetación y los procedimientos agrícolas que allí se usan para sacar fruto de tierra tan pobre; pero lo hace siempre bajo la impresión de las grandes diferencias que en este punto presentan las dos vertientes opuestas del Pirineo. Es verdad, como dice el Sr. Rodríguez Ferrer, y el que esto escribe ha dicho en otra parte, que la vertiente francesa es mucho más fértil y risueña que la española; pero esto sucede en el Pirineo central, porque al torcer la direc-

ción la cordillera para formar en nuestro país la costa del Cantábrico hasta los tan renombrados cabos de Touriñán y Finisterre, esa vertiente septentrional, francesa antes, se hace española, y fuera de las pequeñas diferencias climatológicas que producen los vientos del mar azotándola inmediatamente, participa de todas las cualidades, y aun excede en las que atraen al viajero y al valetudinario á las fuentes de la Nive y del Adour.

No es menos compendiosa la obra del autor de *Los Vascongados* en su revista de los hombres notables que ha producido aquel país. Yo pudiera traer á la memoria de los señores Académicos otros cien nombres que, aun no teniendo la celebridad de Ercilla, del Cano, Legazpi, Ibarra, Echaide, Oquendo, Lezo y algunos otros que cita, pudieran muy bien formar en las filas verdaderamente apiñadas de los hombres ilustres de España. Ese es trabajo que emprendió y ha ejecutado con gran copia de datos y un celo infatigable nuestro correspondiente en Guipúzcoa, el Sr. D. Nicolás de Soraluze; bastándome en esta ligera reseña manifestar que se cuenta por centenares el número de los vascongados que han honrado aquel reducido solar con sus hazañas, sus escritos ó su acción benéfica en la política y la administración de nuestra patria.

Es preciso, sin embargo, reconocer que en un libro de 86 páginas ha de ser casi imposible la tarea de señalar ni aun las particularidades más notables en un ramo que, como el histórico, abraza tantas y tan variadas materias; y no hace poco el señor Rodríguez Ferrer con apuntar los detalles más necesarios al objeto de su obra.

El capítulo II se refiere á la lengua. Y aquí, para no ponerme en contradicción conmigo mismo, voy á pedir á la Academia me dispense, si no tomo una parte activa en el examen y crítica de los puntos, quizás los más interesantes, que abraza. Yo he tenido la desgracia de olvidar, como tantas otras cosas el vascuence, el dulce y rico idioma con que me arrullaron en la cuna, y, cual en la interpretación de las inscripciones euskaras, debo abstenerme de hacer juicios que pudieran resultar temerarios, sobre los que supongo graves y concienzudos estudios lingüísticos del Sr. Rodríguez Ferrer. Y seguiría adelante, si no observase que este se-



ñor vuelve aquí á pecar, en mi concepto, de falta de método, aunque sólo sea en una nota, retrocediendo al estudio de la raza vascongada por el de la craneología. ¡Cuánto mejor no le hubiera estado el reunir los datos curiosísimos que derrama por todo su libro, para, con ellos, dar una idea clara y más concentrada de las cualidades físicas y morales de un pueblo cuyo conocimiento se había propuesto comunicar á sus lectores! No tendríamos ahora que hacer observar de nuevo que si los vascos difieren físicamente de los cántabros; difieren á la vez, no sólo de los demás españoles actuales, sino también de todas las familias humanas conocidas hoy día. Al llamar la atención sobre los escritos de Rezelius, de Broca y de Reclus, aunque apunta una idea de este último sobre las diferencias faciales de los vascos respecto al resto de los hombres, no señala la conclusión sacada en la Sociedad Antropológica de París á la vista de los cráneos remitidos por el doctor Velasco, de que marcaban una raza completamente distinta á las demás allí representadas, única en el mundo.

Si á esa singularidad se añade la del idioma, solo también entre los demás de la tierra más ó menos relacionados entre sí, habrá de confesarse que sería lástima que desapareciese de entre nosotros una raza de que por tantos títulos debemos, además, estar envanecidos.

Ya ha oído la Academia por qué no puedo entrar en la apreciación de las bellezas que encierra el idioma vascongado, del que nuestro erudito Erro llamaba «lengua sabia, rica y arreglada escrupulosamente á los preceptos de la naturaleza,» que es cuanto hay que decir; mas para demostrar que no sin fundamento la proclamaba así quien ha revelado poseerla hasta la perfección, voy á aducir un ejemplo que, aun cuando no sea más que por lo curioso, creo ha de oír con gusto esta ilustrada Corporación.

Colocad á vuestro lado un hombre, y preguntad á otra persona encerrada en habitación inmediata cuál es el parentesco que los une; más concreto: qué es la persona encerrada del hombre que tenéis á vuestro costado. La persona encerrada podrá contestaros, «hermano». ¿Habréis conocido por el sexo de la persona encerrada?

En la rica lengua castellana, no; ni en ninguna otra tampoco de que yo tenga algún, bien que ligero conocimiento. Pues bien; si contesta en vascuence os dirá, al responder «hermano», *Aizpa*, si es mujer, y *Arreba* si hombre la persona demandada.

Y no hago más comentarios.

Con fundamento, pues, y no deleznable, dice el Sr. Rodríguez Ferrer que «con esta lengua sucede como con la raza que todavía »la habla; todo es extraordinario, todo es misterioso y todo repasa »el nivel de lo común».

Como el objeto más importante que se propone el autor es el de demostrar al príncipe Bonaparte la gratitud que le debe el pueblo vascongado por sus estudios, eusancha en este segundo capítulo la esfera de sus observaciones tratando del idioma euskara con mucha mayor extensión que en las restantes materias que contiene su libro. Y en verdad que si revela erudición suma en la cita y el examen de los escritos que mayor ilustración podían proporcionarles, debidos, en general, á quienes no por patriotismo sino por amor á estudios extraordinarios han acometido la ardua empresa de desentrañar los misterios de lengua tan antigua y singular, revela también una imparcialidad bien recomendable en quien no ha nacido en aquellas montañas.

Y si no, léase el siguiente párrafo que tiene diez veces mayor mérito en la pluma de un andaluz, que el que, aun siendo rigurosamente histórico, pudiera darle la de uno de los naturales ú oriundos de Vizcaya. «Hijo, dice, el vasco de esta propia nacionalidad (la española) y hasta ofreciendo sus huestes y sus guerreros »para la formación y el aumento de la misma, en las Navas, en »Aljubarrota, en el Salado y en Lepanto, encontrándose siempre »una mano vascongada que tremole la enseña nacional sobre »el puente roto de Sevilla, sobre los muros de Gibraltar, como aparece sobre los de Granada, y hace prisionero al rey de Francia »Francisco I en los gloriosos campos de Pavía; cual se señala con »Colón entre los marinos que dan á Castilla un nuevo mundo, y »más tarde con Cortés entre las heroicidades de Otumba; el pueblo »vascongado, siempre refractario á modulación extraña, no modifica su lengua, es guardador perfecto de su habla, y si por una »parte da á la monarquía grandes defensores y distinguidas pro-

»sapias, cuando vuelve al hogar de sus mayores no innova nada, »no modifica nada, y sólo es constante en guardar su idioma, su »culto, sus leyes y sus instituciones propias.»

«El Príncipe» se intitula el tercero y último capítulo del libro del Sr. Rodríguez Ferrer.

Al principiarlo, desarrolla su autor, es su expresión, el mapa regional que ocupa hasta el día el misterioso pueblo vascongado, así el que corresponde á España, como el que tiene su asiento en territorio francés. Y describiendo después los viajes de Luis Luciano Bonaparte por todos los cantones vascos de las dos vertientes del Pirineo, y dando cuenta de sus estudios y de sus correspondencias con las personas más notables del que llama su Estado Mayor vascófilo, concluye por anunciar la publicación de la grande obra del «Verbo vascongado» no ha mucho tiempo dada á luz en Londres por aquel eminente príncipe.

El Sr. Rodríguez y Ferrer se ha propuesto, y así lo manifiesta en el resumen de su libro, «describir primero el país vascongado »desde sus orígenes más remotos hasta su condición actual, moral, »física y geográfica; acentuar después la antigüedad y maravillosa »estructura de su lengua, y rendir, por último, un tributo de justicia al ilustrado príncipe que con loable afán ha trabajado por »perpetuarla en la memoria de los hombres». Y que ha debido conseguirlo en no pequeña parte, así con su escrito original como con las numerosas ilustraciones y comprobantes que lo acompañan, lo demuestra claramente la recompensa que la Academia se sirvió acordar al autor la noche del viernes 13 de Marzo último, nombrándole su Correspondiente; porque mi aprobación, como libro bien pensado, escrito con propiedad y elegancia y con una intención generosa y noble, serviría bien poco, si no la sancionase con aquel solemne veredicto esta tan justa como ilustrada Corporación.

Y aquí terminaría este informe si el libro del Sr. Rodríguez Ferrer no viniera precedido de una Introducción que, dándole un valor verdaderamente excepcional como obra de un entendimiento clarísimo, acostumbrado esparcir luz, viva y rutilante, sobre varias de las muchísimas materias que comprende el saber humano, parece, sin embargo, como que tiende, aunque involuntaria-

mente á desvirtuar el efecto que pudiera producir el trabajo á que se refiere, encomiástico, cual habrá sin duda observado la Academia, de las cualidades características del pueblo vascongado.

Si era, pues, tan difícil para mí la tarea de presentar un juicio digno de esta Corporación sobre el libro de *Los Vascongados*, ¡cuán superior no lo será á mis fuerzas, y enojosa y repugnante á mi corazón, si he de mantenerlo ante un historiador tan diligente, escritor tan perspicuo, orador, filósofo, estadista, hombre por fin del mérito de nuestro eruditísimo compañero D. Antonio Cánovas del Castillo! Pero, á pesar de eso, y aun cuando tema pasar por tan atrevido y hasta soberbio como ignorante, yo no puedo resolverme á lo que más debería, sin duda, convenirme, á guardar silencio. En el escrito que precede al del Sr. Rodríguez Ferrer y lo anonada y mata en lo que pudiera llamarse su quintaesencia, hay, sobre todo, una parte que no está de acuerdo con la verdad histórica, que la desfigura, al menos, de un modo que ha de lamentar por fuerza quien se crea obligado á volver por la gloria de aquel pobre, pero honrado, solar vizcaíno tan asendereado por el Sr. Cánovas.

No me detendré á contestar sobre si son privilegios ó fueros los que hasta ahora disfrutaban las Provincias Vascongadas, si son unilaterales ó bilaterales las obligaciones contraídas de antiguo por los monarcas españoles y aquellas, siquier hayamos de contar entre esos soberanos los tan autoritarios como poderosos Reyes Católicos, Carlos I y el segundo y el quinto de los Felipes, y si, por último, son ó no compatibles con el estado de los tiempos actuales, aun confirmadas, como lo han sido, en pleno siglo xix y sólo hace treinta y cinco años. Mucho menos he de entrar en una cuestión que nuestro distinguido colega intenta dejar completamente dilucidada, la de que la raza vascongada no ha sido nunca belicosa, y que si no fué conquistada y sujeta, lo debe, sin duda alguna, al desprecio que debía inspirar la pobreza de su suelo. Aun sin creer que las montañas de Santander y de Asturias sean más feraces, y aun creyendo que todos los pueblos conquistadores, así el civilizador romano como los procedentes de las estepas del Norte ó del Sahara, ávidos de sangre y de botín, tendrían que ensanchar más y más su esfera de acción; á

pesar de lo que puedan significar la constante detención de los godos y de los árabes ante la cordillera que separa á Vizcaya y Guipúzcoa de Alava y Navarra, las rudas y sangrientas batallas de Beotívar, Arrigorriága y varias otras que no he de detenerme á enumerar, no quiero tampoco discutir sobre si esas provincias han sido ó no independientes, y si los señores de España, pueblos ó reyes, se han cuidado ó no de avasallarlas, teniéndolas por cosa baladí y hasta despreciable.

¿Qué ganaríamos con esa discusión?

Ni ésta es ocasión ni son tiempos los actuales para engolfarse en cuestiones como las que pudiera provocar la que yo preveo controversia interminable, enojosa ó incapaz de dar fruto por ahora.

Pero tratándose ya de sucesos recientes, se ha querido arrojar una mancha obscurísima sobre la historia de aquel pueblo; y el Sr. Cánovas, dando valor á un hallazgo, curioso sin disputa, pero que por sí mismo se juzga, ha formulado un tanto de culpa que, de no contestarse, podría con el tiempo y el silencio formar opinión autorizada.

Me refiero al capítulo VI de la Introducción en que, al hacer la historia incompleta de la campaña de 1795, se dice no haber nada tan censurable como la conducta de los vascongados en aquella ocasión.

Y he dicho incompleta, porque empezando la narración, como sucede, por el 22 de Junio de aquel año, se hace caso omiso de todos los combates que desde al 28 de Noviembre del anterior tuvieron al ejército francés detenido siete meses en la orilla derecha del Deva sin lograr cruzarlo, lo cual no es poco significativo é importante.

Con efecto; aquel día 28 de Noviembre los españoles eran atacados en Sasiola, Elgóivar, y el 30 en Elgueta; pero, rechazando al enemigo en todos los puntos ejecutivamente, le obligaban á retirarse. En Marzo y Abril de 1795 rechazaban de nuevo los vizcaínos á los republicanos en los mismos puestos y el de Pagochoeta, derrotándolos en este último y en Azcárate á punto de que el cura de Lezama llegó envuelto con la retaguardia francesa hasta las tapias de Azcoitia. Otro tanto sucedió en Mayo y Junio

hasta el 28, no el 22, en que, merced á una rápida y fuerte concentración de los franceses junto á Sasiola, consiguieron forzar el puente, penetrar hasta Motrico y Marquina y hacer retroceder al general Crespo hasta Mondragón, temeroso de verse cortado y envuelto en sus posiciones de Elósua y Descarga.

Ya ve la Academia cuán diferente es, para apreciar la conducta de los vascongados en aquella época, comenzar la narración de la campaña por el 22 de Junio de 1795 ó por el 28 de Noviembre del año anterior.

Qué había hecho Vizcaya para conseguir ese resultado, que ignorará quien sólo lea la Introducción al libro del Sr. Rodríguez Ferrer, voy á decirlo en muy pocas palabras.

Vizcaya tenía que prepararse con tiempo para el día en que estallara la tormenta que debían prever cuantos siguiesen con la vista á la Revolución francesa; y en 25 de Octubre de 1792 disponía el alistamiento de todos los hombres de armas tomar desde los diez y ocho años hasta los sesenta. Se buscaron, á la vez y con providencias sucesivas, fondos con que sostener tanta fuerza, equiparla y armarla; se acudió á fortificar la costa y la frontera conforme á un plan bien meditado, y aunque sin conseguir el Señorío cañones, ni fusiles, ni pólvora siquiera del Gobierno central, recurriendo á sus propios esfuerzos en España y hasta en Suecia y Dinamarca, logró procurarse algunos, aun cuando insuficientes, medios de resistencia.

En Mayo de 1794 daba 500 hombres Vizcaya, para que acudiesen á Irún en defensa de Guipúzcoa, y en Julio otros 158 para la guarnición de Fuenterrabía. En Agosto se formaban tres tercios, de 8.000 hombres cada uno, de los cuales el primero fué destinado á Tolosa, no llegando á establecerse en aquella población por haber desistido de su propósito de defenderla el general en jefe, quien dispuso que la fuerza vizcaína tomara posiciones en la frontera de su provincia. A consecuencia de tal orden, los vizcaínos se situaron en la línea de Hermua á Campánzar y, por el lado de la costa, en Ondárroa y Marquina. De modo que en ocho días llegó á formarse un verdadero cuerpo de ejército, pues que contaba con más de 12.000 hombres, y esto en un país que carecía de toda clase de recursos. En Azterrica se situaron 2.000,

llegando á 3.200 en los días de alarma; en Arnobate y Urcaregui, 1.100; en Hermua, 1.200, y en el gran campamento de Campánzar hasta 4.000 hombres. El general en jefe decía con este motivo al Señorío: «He visto con la mayor satisfacción el campamento de sus naturales en Campánzar, y desde luego, al notar la noble emulación que se halla repartida entre sus comandantes, oficiales y demás clases que le componen, me da á conocer que es hija de los heroicos sentimientos de V. S. por la justa causa que defendemos.»

Hay que advertir que toda aquella parte de la frontera, desde Elgueta al mar, estaba confiada exclusivamente á los vascongados; pues sólo más tarde y en los combates de la campaña de invierno tomaron parte unos 350 voluntarios de Guipúzcoa y soldados de Ordenes Militares y del Provincial de Laredo. El ejército se había replegado, por completo, casi á Navarra y Álava. El marqués de Rubí, á quien los jefes vascongados acudieron en Diciembre para que les ayudara en los ataques que proyectaban contra las posiciones francesas del otro lado del Deva, les contestó lo siguiente: «En este estado, aumentándose por los partes que me llegan estos mismos recelos, no me es dable prescribir á ustedes el obrar unidos para tomar los partidos que dicten las circunstancias en que nos hallamos.»

Habiéndose retirado, sin embargo, el enemigo por la tarde de Álava, Rubí bajó á Mondragón para celebrar el convenio de 9 de Diciembre, en cuyos artículos se acordó que el Señorío cubriría las montañas de Iciar con 2.000 hombres y Azcárate con 1.000, teniendo en Elgóivar y Alzola una reserva de otros 2.000, y en Motrico un destacamento de 200, todos á las órdenes del general en jefe. Las demás fuerzas que campaban en la frontera debían retirarse, manteniéndose, empero, dispuestas al primer llamamiento.

Como era de esperar, hubieron de cambiarse las posiciones señaladas á los vizcaínos; y poco después del convenio de Mondragón, se establecieron 1.500 hombres en Sasiola y sus inmediaciones, 500 en Mendaro, 1.300 en Alzola, 500 en Elgueta, y el resto hasta los 5.200 en Campánzar, Hermua y Azterrica; esto es, en la antigua línea de montes que la fuerza del ejército no

pudo guarnecer por hacer falta en otra parte. Estas posiciones exigían contingentes más considerables que los señalados en el convenio, y fué necesario llamar de nuevo á las armas los de las merindades y anteiglesias próximas, llegando el caso de que se duplicasen las fuerzas anteriormente indicadas.

Con ellas se dieron los combates de Sasiola de 19 de Diciembre, 27 de Febrero y los casi diarios del mes de Mayo; los del alto de Azcárate de 7, 13 y 27 de Enero y 16 de Abril, los de Musquirichu de 9 y 21 de Mayo y de 17 y 24 de Junio, y varios otros de Madariaga y Deva, que, como las anteriores, fueron otros tantos triunfos para los vascongados, de cuyos laureles participaron también unos 500 soldados de las tropas de línea.

«¿Son éstos los paisanos á quienes queríais atacar con 300 hombres?», decía á los oficiales el Convencional que acompañaba al ejército francés; y el príncipe de Castelfranco escribía el 15 de Mayo al Señorío: «Contribuiré con mucha complacencia á que lleguen á noticia de S. M. y del público todos los buenos servicios que han hecho (los vascongados), y en adelante hicieren, »pues deseo animar su espíritu por todos los medios posibles, sin »omitir la justa satisfacción de sus trabajos, que es la del honor »á que se hace acreedor el que pelea con bizarría por una causa »que tiene tantos estímulos.»

Pero llegó con ese 28 de Junio, donde empieza el relato del Sr. Cánovas, la época de los reveses que tanto habían de exaltar á su inspirador el Sr. Zamora contra los vascongados y sus fueros. Y ¡cosa extraña! el hombre que nada encontraba mejor que el dejarse vencer para alcanzar pronto la paz, se desata en injurias contra los que eran vencidos y arrollados, pero bien contra su voluntad y á pesar de sus esfuerzos.

Las posiciones de Sasiola fueron en aquel día forzadas por una columna de 3.000 franceses, y otra de 4 ó 5.000 se apoderó de Azcárate. Aunque pudo mantenerse la de Musquirichu, ésta como la de Elosua eran insostenibles, y al amanecer del 29 tuvo el ejército que abandonarlas; quedando los franceses dueños del curso del Deva desde Vergara al mar. No decayó, por eso, el valor de los vizcaínos; y por el contrario, sin dar descanso á la pelea que había de procurarles todavía un triunfo momentáneo obligando á



los franceses á contener su movimiento de avance, llamaron todas sus reservas, señalándoles á Durango por punto de reunión. El 30 de Junio escribía la Diputación al general Crespo: «Estas críticas circunstancias me obligan á suplicar á V. E. se sirva atenderme por todos los medios que le sean posibles para cortar los progresos de aquéllos (los enemigos), como lo confío de su acreditado celo y amor al Real servicio: bien entendido que por lo que á mí toca, he dado orden para que toda la gente útil de mis pueblos vaya á Durango luego luego, y desde allí á Elgueta ó adonde se hallare el resto, á fin de reunirse y hacer el último esfuerzo.» Pedíale, además, armas con que hacer eficaz el llamamiento, manifestándole la oportunidad de escarmentar al enemigo en sus nuevas posiciones. Y el general Crespo, el más interesado en aquellos momentos por el honor de las armas españolas, que era el suyo propio, contestaba al Señorío que nunca lo hubiera desamparado, «pues una de mis primeras atenciones, decía, era conservar los hogares de unos pueblos *que tanto han acreditado su valor y constancia*: en esa confianza puede vivir V. S. y tranquilizar su espíritu, dándole gracias por la prontitud en poner sobre las armas toda la gente de sus pueblos, á las que hará entender V. S. no tardarán en retirarse á sus casas á descansar de sus gloriosas tareas».

El llamamiento se había hecho efectivo, y el día 2 de Julio había reunidos en la frontera de Vizcaya más de 16.000 de sus naturales, retirándose los refuerzos por orden expresa del general Crespo, que no leo por no causar la atención de la Academia.

La derrota de los franceses en el monte de la Ascensión produjo la retirada momentánea á que antes me he referido; pero el 9 de Julio volvieron, y ya entonces de una manera definitiva, rompiendo por Goróstola y Arricruz el movimiento de avance que no había de cesar hasta Pancorbo. El general Dessein publicó en Durango una proclama conciliadora á que la Diputación de Vizcaya contestó con un nuevo llamamiento á las armas y un plan de campaña que no pudo efectuarse, así por no ejecutarlo una de las partes, como por haberse dirigido los franceses á Vitoria y no á Bilbao, como se esperaba. Crespo, que llevaba en sus filas un grueso destacamento vizcaíno, en cumplimiento, sin duda, del

convenio de Mondragón, contramarchó á Bilbao, no sin que le valiera una fuerte reclamación de los alaveses que se quejaron del abandono en que los dejaba. Pero no fué menos el en que dejó á los vizcaínos; pues á un nuevo ofrecimiento del Señorío para que continuase la resistencia, brindándole con hombres, raciones y dinero, contestó que «él se largaba (sic) con toda su tropa y se iba á retirar á Pancorbo, y que por lo mismo se debía dar nueva orden contraria para que se retirase también y no saliese de casa la gente de Vizcaya que se había mandado aprontar». Y con efecto, se largó á pesar de las reclamaciones más vivas y apremiantes, y se largó llevándose con muchas raciones y dinero las esperanzas todas de los vizcaínos.

Esto sucedía el 17 de Julio, manifestando el general Crespo que tenía orden expresa para obrar de aquel modo, lo cual no es extraño si se atiende al contexto de la Real orden de 9 de aquel mismo mes que voy á leer para terminar este asunto, ya demasiado largo y enojoso. «Han sido, decía, sumamente gratas al Rey las acertadas providencias que tomó esa M. N. y M. L. Diputación en vista de los últimos ataques de los franceses é intenciones que manifiestan de ocupar á Vizcaya, según me dice V. S. en una de sus últimas cartas de 4 del corriente: con tan urgente motivo al mismo tiempo que S. M. asegura á V. S. enviará todos los refuerzos posibles para su conservación y defensa, me manda prevenir á V. S. que si la desgracia llegase á poner las armas de los enemigos en el país, capitulen los pueblos por medio de sus cabezas; pero que la Diputación se vaya retirando á proporción que lo haga el ejército, y que jamás se abata su nobleza con estas adversidades momentáneas, pues no estará distante el día de su restablecimiento, á cuyo objeto se dirigen todos los cuidados del Rey.»

He aquí el lenguaje mismo de Godoy á los gobernadores de San Sebastián y Pancorbo para que entregasen aquellas plazas en 1808.

¿Puede decirse ahora que Vizcaya no cumplió como buena en la guerra de la República?

Que fué vencida: y ¿cuándo no lo ha sido un armamento popular sin el apoyo inmediato del ejército y en su primera época? Ese mismo ejemplo de resistencia que cita el Sr. Cánovas, tan

honroso para los vizcaínos, fué dado en 1813, esto es, á los seis años de haberse comenzado la guerra de la Independencia.

¿Qué habían hecho hasta entonces los habitantes de aquellas montañas? La Introducción no lo dice; pero yo podría decirlo, porque mi padre, cuyas memorias sobre aquella lucha generosa conservo, estuvo por encargo del general Mendizábal organizando las fuerzas de voluntarios vizcaínos, siendo Sargento Mayor de Mugártegui en las acciones que el Sr. Cánovas recuerda, tan gloriosas para las tropas vascongadas. Se tardó mucho en su organización á pesar de la buena voluntad de los naturales; se tardó más en dar consistencia á un armamento que hacía muy difícil la presencia constante y la vigilancia de los franceses en los valles más populosos; y sólo, repito con el Sr. Cánovas, en 1812 y 1813 se pudo combatir con alguna probabilidad de éxito contra las tropas tan bien organizadas y aguerridas de Caffarelli y Palombini.

Y ¿qué pasó en los principios de la guerra civil de siete años y en los de la que ahora está destrozando nuestra patria? Los generales Sarsfield, Quesada y Rodil pasaron con sus batallones las Provincias Vascongadas, como después las han pasado Moriones, Santa Pau y Sánchez Bregua impunemente.

¿Cómo, pues, no lo habían de hacer los franceses cuando del 17 de Julio, en que se retiró Creso de Bilbao, al restablecimiento de la paz sólo mediaron muy pocos días, pues la de la Basilea, firmada el 22, fué inmediatamente notificada á los ejércitos beligerantes?

Ya ve la Academia que el hallazgo de la correspondencia del vascófobo Sr. Zamora, si es curioso, no tiene valor ninguno histórico, como producto de quien, creyendo á Godoy inclinado contra los vasco-navarros y sus fueros, quería con infundadas censuras halagar sus propósitos y ayudarle. Si el valido la tomaba con el ejército, al que culpaba de todas las desgracias de España, que sólo se debían á la incapacidad y soberbia de quien por elevarse no vaciló en sacrificar todas las fuerzas vitales de la nación, el adulador, más astuto en esa parte, echaba toda la culpa á las pobres provincias y sus fueros. Así creería disculpar los disparates que no podia menos de proponer á los generales en los conse-

jos de guerra á que asistió en Navarra, quien no dudaba en proclamar como excelente la idea de dejarse vencer.

Si los franceses tenían inteligencias en Pamplona, ¿por qué no las aprovecharon para su conquista? Precisamente el pueblo navarro, desde su anexión á España, no ha dado lugar á la más leve sospecha de extranjerismo. En otras provincias, no en las vascogadas, es donde se ha enarbolado el pabellón francés en apoyo de sublevaciones injustificadas. Si tenían también inteligencia en Guipúzcoa con los nobles, clérigos y curiales, ¿por qué levantaban en la plaza de San Sebastián aquella guillotina donde se proponían castigar las rebeldías de sus habitantes?

Eso no merece refutación, como no la merece tampoco el aserto de tener allí más suscritores la Enciclopedia que en el resto de España, porque, aun siendo verdad, todo el mundo sabe que las aduanas del Ebro la cerraban herméticamente el paso al cuerpo general de la Península.

Ni ¿de qué les hubiera servido á los *espíritus fuertes* de aquel país su conformidad con los enciclopedistas de la vecina República? De lo que sirvió trece años después, en el gloriosísimo de 1808 á los insensatos, filósofos sin corazón, que pretendieron detener la lava de ira y de venganza que á torrentes despedían las muchedumbres españolas.

Y no canso más á la Academia, que hartó fatigada estará con un escrito que, además de largo, no es simpático sino para los hijos de aquel rincón español tan maltratado y triste.

JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.

Madrid, 18 de Junio de 1874.

---

### III

#### HISTORIA DE LOS TROVADORES DEL SEÑOR BALAGUER

Cumpliendo con el honroso encargo que se ha servido confiarme nuestro Director accidental, para que informe á la Acade-